

dando sus razones, si sería conveniente que algunos de nosotros nos quedásemos hasta la llegada de la expedición auxiliar sueca para comunicarla cuantos informes pudiésemos suministrar. Todos los demás opinaron que debíamos ir en seguida á bordo después de dejar extensos pormenores y consejos por escrito en la estación. Esta solución fué tanto más conveniente cuanto que estábamos persuadidos de encontrar al buque sueco durante el camino, en cuyo caso, como es natural, alguno de nosotros podría ir á bordo del mismo para poner al corriente de todo á los expedicionarios, y ayudarles en cuanto fuera posible. Entonces expresé en nombre de todos al capitán Irizar nuestro agradecimiento por los nobles ofrecimientos, y le aseguré que estudiaríamos con más detención la ruta que habíamos de seguir para salvar á los tripulantes del «Antártico».

A pesar de todo, no quería yo tomar una resolución definitiva sobre el particular hasta que conociese á bordo del buque las instrucciones que tenía el comandante y la opinión de su oficialidad. No necesito encarecer cuán interesante y animada resultó aquella amistosa discusión teniendo en cuenta que tenía por objeto resolver la situación de otros compañeros, que debía ser menos halagüeña que la nuestra. Por de pronto contábamos con que dentro de poco volveríamos á estar en contacto con el mundo civilizado, y por lo que se refería á lo que más directamente nos interesaba, no podíamos menos de sentirnos satisfechos. Nuestra gratitud, en aquellos momentos, hacia la nación Argentina, que desde un principio demostró palpablemente un vivo interés por el feliz éxito de nuestra empresa y después conseguía nuestra liberación, era tan grande, que no vacilamos en ex-

presarlo así á aquellos amables oficiales que nos acogían con tanta benevolencia y cortesía.

No era cuestión de intentar nuevos trabajos científicos mientras nuestros huéspedes estaban con nosotros. Transcurrían las horas rápidamente, y el capitán Irizar tenía deseos de regresar á bordo tan pronto como fuera posible.

Para hacer más fácil el regreso, rogué á Jonassen que enganchara los perros al trineo, pues siendo el camino sobre el hielo á largos trechos bastante liso se podría hacer el trayecto más cómodamente en trineo que á pie. Duse no ocultaba sus deseos de emplear el último día que nos quedaba en trabajos cartográficos en la isla de Seymour, y por fin, acompañado de Grunden, partió de la estación, á la vez que nuestros queridos huéspedes.

Inmediatamente dimos comienzo á los muchos quehaceres que nos aguardaban. No nos llevamos más que nuestras colecciones científicas, los instrumentos más importantes y nuestros efectos personales de mayor valor.

Lo que requería más tiempo era el embalaje de los instrumentos; respecto á mi cometido, consistía en escribir una exposición detallada con destino al Jefe de la expedición auxiliar sueca y consignar en ella los datos que poseíamos respecto á los últimos planes organizados á bordo del «Antártico». Los sitios, donde suponíamos que debieron practicarse investigaciones con preferencia, eran los alrededores de la bahía de la Esperanza, es decir, la isla de Paulet y las de Danger.

Ninguno de nosotros quería acostarse aquella noche; cada cual trabajaba tranquilamente en su faena; yo mismo, sentado ante la mesa de escribir, estaba ocupado en

la redacción de mi documento. «Después de serias reflexiones hemos resuelto aprovecharnos todos de esta oportunidad para regresar...» escribía yo, cuando de repente los perros empezaron á ladrar y á aullar. En cualquiera otra ocasión, y suponiendo que se trataba de alguna colisión entre ellos nos hubiéramos apresurado á acudir á donde estaban para separarlos, pero ocupados en nuestros quehaceres, no nos dimos prisa en el primer momento. Sólo cuando los ladridos redoblaron se asomó un compañero á la puerta que habíamos dejado abierta, y después de una corta inspección volvió á entrar asegurando que había visto gente sobre el hielo, «unas seis ú ocho personas,» según le parecía. Habíamos convenido con el capitán Irizar que nos mandaría algunos hombres del buque para ayudarnos en nuestras tareas de embalaje y al pronto creímos que fuesen ellos, pero, como apenas eran las diez y media, recapacitamos que no había tiempo para que hubiese llegado á bordo el capitán y estuviesen ya cerca de la estación los tripulantes. Lo cierto era que llegaba gente, y lo más extraño, que el suceso no llamaba grandemente nuestra atención.

Después de la impresión que produjera en nosotros la llegada del «Uruguay», nos encontrábamos en un estado de ánimo tal, que nada nos parecía ya extraordinario.

Los ladridos de los perros que habían cesado un momento redoblaron con fuerza, y entonces Bodman salió para descifrar el enigma, acompañándole nosotros hasta la entrada de la vivienda.

Aun faltaba mucho tiempo para San Juan, y aunque la noche no fuese muy clara y apacible, ya se dejaba notar un marcado crepúsculo. En dirección á la loma,

vimos un grupo de hombres que contemplaban nuestra casa con la bandera izada en lo alto. Bodman se les acercaba lentamente: como no oíamos que les dirigiese la palabra, pensamos en el primer momento que tropezaría con la dificultad de no poderse expresar, pues seguramente serían argentinos.

La distancia que le separaba de los desconocidos íbase acortando cada vez más, y sin atrevernos á respirar por no perder un detalle del encuentro, pusimos toda nuestra atención en aquella escena cuyo desenlace se aproximaba.

Antes de un minuto sabremos si aun estamos en el período de las maravillas.

De pronto, con paso vacilante, avanza Bodman al encuentro de uno de los individuos que se había separado del grupo y vemos que se abrazan ambos efusivamente.

Óyense entonces fuertes hurras y la voz de Bodman que nos grita:

—Larsen, Larsen, está aquí.

Inmediatamente, soltando cuantos chirimbolos teníamos en las manos, corrimos hacia ellos. Tan variados sucesos se habían sucedido durante los últimos días, que nada nos parecía imposible, pero así y todo, no podía prestar crédito á mis oídos; todo aquello me parecía un sueño, fruto de nuestra misma inquietud. Por fortuna cuanto oíamos y veíamos era la realidad, y cuando estuvimos al habla con los recién llegados pude enterarme, después de saludar cordialmente á Larsen, á K. A. Andersson y á sus cuatro compañeros, de que, después de nuestra larga separación, llegaban precisamente entonces de su campamento invernal de la isla de Paulet, de donde salieran para reunirse con nosotros.

No es posible formarse idea de la inmensa alegría que experimentamos en aquel momento.

Antes de que hablasen podíamos presumir cuántas calamidades habían sufrido durante nuestra separación á contar del día que alcanzaban las últimas informaciones que teníamos de la expedición del buque. La noticia de que nuestro querido y viejo «Antártico» había desaparecido en el fondo del mar la supimos inmediatamente, pero en aquellos momentos nos sentíamos regocijados al ver entre nosotros á tan excelentes compañeros, en cuya triste suerte no hacía mucho que pensábamos con la más profunda desesperación. Nuestro gozo era inmenso al pensar que por fin podríamos abandonar juntas aquellas inhospitalarias regiones. Diéronnos la triste noticia de que un joven y excelente marinero de la expedición había sucumbido en la lucha, desgracia que deploramos sinceramente. Todos los demás se habían conservado en perfecto estado de salud á pesar de las vicisitudes porque atravesaran.

Con verdadera satisfacción acompañamos á los recién llegados á la casa, y sacamos inmediatamente cuanto aun nos quedaba para obsequiar á los que habían vivido un invierno entero sujetos á innumerables privaciones.

Nuestros nuevos huéspedes hallábanse, á buen seguro, en circunstancias muy distintas que nuestros visitantes de por la mañana para poder disfrutar de lo poco que podíamos ofrecerles.

Llamábales singularmente la atención que hubiera coincidido el maravilloso encuentro durante el mismo día que llegara la expedición auxiliar argentina que estaban muy lejos de aguardar.

Todo aquello tenía una significación tan particular, que no acababan de darse cuenta del feliz suceso. La muerte de Wenersgaard, la pérdida del «Antártico» y



Don Julián Irizar, jefe de la expedición auxiliar argentina.

los sufrimientos pasados, lo inseguro de nuestro porvenir antes de llegar los argentinos, fueron otros tantos golpes fatales que atenuaban ahora la satisfacción de haber salvado tantas vidas. Por lo que á mí toca, vi

amargados aquellos instantes de natural alegría antes de lo que me figuraba.

Cuando me atreví á inquirir noticias de nuestro país, que alcanzaban el correo traído desde dieciocho meses antes, supe por Larsen, allí en la misma loma, donde tantas veces había pensado en los míos, bajo las tempestades invernales ó á la luz del sol de verano, donde acaricié tantos sueños y sentí pasar muchas horas sombrías, allí recibí la noticia de que tal vez nunca más encontraría el hogar que había dejado, ni volvería á ver á aquél, á quien miles y miles de veces hubiera deseado comunicar cuanto me había acontecido durante aquel largo período. ¡Ah! ¡si en aquel momento hubiese podido abandonarlo todo y volar inmediatamente á mi casa cruzando los mares! Pero entonces era necesario alejar del ánimo tan íntimos y penosos sentimientos y emplear toda la atención y actividad en los menesteres que interesaban á la comunidad como uno de tantos que la formaban. Más tarde tendría tiempo bastante para descansar y para pensar. Me acosté un momento, pero no logré cerrar los ojos. Pronto oí á los expedicionarios que regresaban en el trineo. Duse, que había oído de boca del capitán Irizar que se imponía partir cuanto antes de aquellos lugares, desistió de reanudar sus trabajos cartográficos, apresurándose á llegar á casa para ayudarnos en los últimos preparativos. Con inmenso júbilo tanto él como sus compañeros saludaron á los camaradas recién llegados, cambiando los más sinceros plácemes.

Aquella misma noche debíamos estar listos, pues no existía ya el menor motivo para aplazar la partida. Con la ayuda que entonces nos llegaba, las operaciones de embalaje y transporte resultarían mucho menos pesadas.

CAPITULO XXI

De Snow-Hill á la isla de Paulet

Haciendo el embalaje.—Nuestra despedida de Snow-Hill.—Otra visita á la estación.—A bordo del «Uruguay.»—Llegada á la isla de Paulet.—La expedición reunida de nuevo.



CONTINUAMOS sacando toda clase de efectos de los más ocultos rincones de la vivienda, y bien pronto fuéronse llenando sacos y cajas, poniendo todos á contribución nuestra actividad. La mayor parte

de los objetos que nos debíamos llevar estaban en orden, y sólo nos faltaba conducirlo todo á la orilla. Habíamos empaquetado primeramente la mayor parte de las colecciones que reunimos durante el tiempo de nuestra estancia en la isla.

Apenas apuntó el sol salieron los primeros trineos llevando nuestra impedimenta; el transporte resultó largo y costoso, pues el hielo estaba bastante malo, y debía conducirse todo á seis kilómetros de distancia, hasta la punta oriental de la isla.